

disponiéndolos á emanciparse de la rutina, á admitir los adelantamientos de la ciencia, é inspirándoles gusto por el cultivo de los campos, de los árboles útiles y por la cría de los animales que contribuyen á las faenas rústicas.

El comercio es una ocupación muy común en los pueblos de la costa y en los grandes centros de población, y por eso es conveniente ampliar en ellos las nociones de geografía, las de aritmética, las de contabilidad y la teneduría de libros. Este último conocimiento es de utilidad y aplicación diaria, y conviene para generalizar los hábitos de buen orden y economía. Algunas lecciones son suficientes para comprender su teoría, y la copia de algunos modelos hace adquirir una idea cabal.

En España tenemos poquíssimos centros industriales; pero en algunos países, como en Cataluña, por ejemplo, convendría dar en las escuelas algunas ideas de las industrias más comunes en el país. En aquellas poblaciones las nociones de física, química, historia natural y dibujo debieran tener mayor desarrollo y dirigirse á las aplicaciones industriales. Convendría en aquellas escuelas dar una idea de la importancia social de las artes y oficios, é inculcar los deberes morales á los que las ejercen.

El canto y la gimnástica forman parte del programa de primera enseñanza en algunas naciones; pero siendo estos medios más de educación que de enseñanza, tienen sólo su natural aplicación en las escuelas de párvulos. En las elementales pueden sólo continuar como ejercicios prácticos de desarrollo físico y moral.

Cuanto acabamos de decir acerca del carácter y límites de la enseñanza, es de la mayor importancia para los maestros, que deben saber la índole de la profesión que ejercen, para imprimirle una dirección conveniente. Los maestros no van á iniciar á los niños en los elementos de las ciencias, sino á enseñarles lo que la ciencia tiene de útil y aplicable en los usos comunes á la mayoría de los individuos de la especie humana. Considerada así la primera enseñanza, quedan desvanecidos cuantos argumentos se levantan contra ella por las personas que desconocen su verdadero carácter y los límites en que se encierra; bien que tiene la ignorancia gran parte en estos argumentos, pues todos nacen de la falta de ideas exactas acerca de los diversos ramos del saber y acerca del desarrollo de las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre.

CAPITULO II.

DE LOS MÉTODOS Y SISTEMAS.

§ I.

De los métodos y sistemas en general, y de su necesidad en la enseñanza.

Impulsado el espíritu humano por un deseo irresistible de conocerlo y formularlo todo, se fija desde luego en los seres que le rodean é impresionan. Muy pronto su propia personalidad, esto es, su propio sér viene á constituirse en objeto de sus investigaciones, y por tales medios adquiere la certeza de que es capaz de ciencia, ó lo que es lo mismo, que tiene el poder de conseguir el conocimiento de los diversos objetos que están bajo la esfera de su actividad. La comparación que hace de sí mismo con los demás seres le da la idea de su superioridad, y sintiendo en sí mismo una aspiración hacia lo infinito, se disgusta de la ciencia relativa y aspira á conseguir una absoluta, que sólo puede ser atributo de la Divinidad; pero cuya sola aspiración le conduce á creerse á sus propios ojos un sér capaz y digno de un progreso continuo, de hablar, poseer y transmitir todas las verdades hasta subir á su origen y fuente. Este sentimiento íntimo de su capacidad está basado en la conciencia de la posesión de una fuerza ó instrumento propio para suplir su natural debilidad.

Pero dejando á un lado esta fuerza impulsiva, que conduce al espíritu humano á juzgarse capaz de poseer un conocimiento más ó menos claro de las cosas, fundado, ya en principios evidentes por sí mismos, ya en demostraciones, es innegable que en todos los casos para adquirir este conocimiento parte de un principio, y se propone un fin; y de aquí la necesidad que condujo al espíritu humano á trazarse las vías naturales que le habían de conducir en su trabajo. Estas vías, estas sendas naturales que dirigen y conducen al hombre de la manera más natural posible en la investigación de la verdad, son las que llamamos MÉTODOS; voz griega, compuesta de *meta* (término) y de *hodos* (camino). Así, el método es, como dijimos, la manera de llegar á un fin por el camino más corto y seguro, y de decir ó hacer cualquier cosa, según ciertas maneras de proceder reconocidas por verdaderas y mejores que otras.

Caracterizanse los métodos, ya por los medios de llegar al fin, ya por este mismo fin.

Como el espíritu humano no puede, como el espíritu divino, abrazar los conjuntos y ver colectivamente de un solo golpe

de vista intelectual los diversos todos que constituyen el universo, necesita fraccionarlos y contemplar separadamente cada una de sus partes guiado por la analogía. Pero como esto no le daría una idea cabal del conjunto sin reorganizar lo que su mente descompone, fuéle preciso inventar medios para conseguir ambos objetos, de donde tuvieron origen los métodos llamados *analítico* ó de descomposición, y *sintético* ó de recomposición, á que se ha agregado el método *mixto* ó de sustitución, es decir, el que emplea alternativamente el análisis y la síntesis.

Por su objeto, los métodos se han denominado de *investigación*, de *demonstración* y de *comprobación*. Porque, en efecto, el hombre se propone siempre investigar, demostrar ó comprobar. Los métodos llamados de *clasificación* y *deducción* están basados en nuestras relaciones con las cosas. Así, el método de clasificación tiene por objeto clasificar las cosas por las relaciones de semejanza ó desemejanza que entre ellas existen. El método de deducción tiene por objeto conducir á un fin por medio de las relaciones que constituyen el encadenamiento y dependencia de las cosas. El método de clasificación distribuye los objetos en clases, géneros, especies y familias, dándoles nombres que revelan sus más distintos y salientes caracteres. El método de deducción saca consecuencias de los principios, observando la conexión que existe entre las causas y los efectos. Un museo de historia natural, es un ejemplo palpable del método de clasificación. Una operación de cálculo, ó un discurso sobre cualquier objeto que se quiere demostrar, pueden dar idea del método de deducción.

También se han caracterizado los métodos por el número de las personas que funcionan en ellos. Así, cuando se enseña exponiendo solamente, se llama *método acromático*; cuando se enseña preguntando, *método erótemático*. Este último se divide en *dialogístico* ó *socrático* si hay dos interlocutores que se preguntan y responden mutuamente, y en *catequístico* si sólo se pregunta lo que se ha enseñado de antemano.

Distínguense también los métodos en científicos y populares, según que se procede por lo que es más útil á los discípulos ó más agradable á la sociedad.

Pero todas estas distinciones de la filosofía son poco importantes al maestro. Lo que éste necesita es conocer la aplicación del método á la enseñanza de los niños; en este caso no podría dispensarse de adquirir un conocimiento exacto de tan importantísimo medio, pues el método, como dice muy bien Mr. DeGerando, decide siempre del éxito de la enseñanza, porque es la guía del estudio, y los maestros hábiles se forman y se distinguen por la elección del método y por la manera de emplearle.

En la instrucción de los niños hay que atender al arreglo y orden, ó sea á la sistematización de toda la enseñanza, y á la comunicación especial de cada uno de sus ramos. De aquí la necesidad de la adopción de fórmulas de organización y de fórmulas de enseñanza.

Las fórmulas ó métodos de organización se ha convenido denominarlas *SISTEMAS*, dejando el nombre de *MÉTODOS* á las fórmulas propias y exclusivas de la enseñanza.

Antes de entrar en los detalles de los sistemas y métodos que más importa conocer á los maestros, haremos algunas reflexiones acerca de su importancia.

Jamás podría encarecerse suficientemente la necesidad que tienen los maestros de dedicarse con una especial predilección á estos estudios pedagógicos.

Efectivamente: por corto que sea el número de los niños que asistan á las escuelas, el maestro tiene una necesidad absoluta de clasificarlos según su edad y conocimientos, y de sostener la emulación, el orden y la disciplina. Necesita también distribuir el tiempo y el trabajo de manera que todos estén ocupados con aprovechamiento; y ¿cómo conseguir esta organización sistemática sin el conocimiento de los sistemas y métodos que la enseñan? ¿Cómo combinar todos los medios de enseñanza con las necesidades del desarrollo físico, intelectual y moral de los niños? El conocimiento de los sistemas y métodos allana al maestro la senda que ha de conducirle en la enseñanza, separa del camino los obstáculos, y le hace marchar rectamente al objeto de su ministerio. El conocimiento de los sistemas y métodos minora su trabajo y hace menos penosas y difíciles sus asiduas tareas. El maestro adquiere por este medio la recompensa que siempre alcanza el que llena con inteligencia los deberes del cargo que ejerce. La inspección de una escuela cuyo maestro ignora los sistemas y métodos, presenta la imagen del caos, y un aspecto repugnante de tristeza y sufrimiento; el orden, la armonía y un aspecto de bienestar y placer revelan la existencia de aquellas poderosas vías del acierto. Sin sistema, el orden y el silencio son imposibles; sin método, no hay adelantamientos de ninguna especie.

Así, la primera obligación del maestro, la que constituye la esencia de su profesión, es el estudio de los sistemas y métodos de enseñanza. Sin este conocimiento no hay maestro verdadero.

Y no se crea, como equivocadamente pensaron algunos, que á todos sea lícito inventar las fórmulas de organización y enseñanza. Al genio solamente le es permitido crear, y los genios son siempre raros y contados. Además, la ley de perfectibilidad no consiste en el aislamiento individual ni en la bondad de las concepciones que produce, sino en el encadenamiento progresivo de los conocimientos humanos. Por este medio, las creaciones del genio se mejoran sucesivamente con las experiencias y esfuerzos individuales comprobados y combinados.

§ II.

Exposición de los sistemas de enseñanza.—Ventajas y desventajas de cada uno de ellos.

Las fórmulas de organización de la enseñanza en las escuelas pueden reducirse á tres: la *simultánea*, la *mutua* y la *mixta*. La individual no puede conceptuarse fórmula de organización, puesto que falta la combinación, y por consiguiente, no hay verdadero sistema. Es un medio de transmitir los conocimientos formando una serie de explicaciones distintas y provechosas á un solo individuo. Sin embargo, suele decirse existen cuatro sistemas de enseñanza: el *individual*, el *simultáneo*, el *mutuo* y el *mixto*.

En el sistema individual, el maestro enseña individualmente á los niños, señala á cada uno sus trabajos, y obra en todo como si no tuviera que entenderse más que con un solo discípulo.

En el sistema simultáneo, el maestro clasifica los niños de la escuela según su fuerza intelectual y el grado de conocimientos. De esta manera forma diversos grupos, con los cuales procede como en el sistema individual procedería con un solo niño.

En el sistema mutuo, el maestro clasifica también su escuela, tomando por base el estado de los conocimientos de sus discípulos, enseña previamente á los que conoce con más disposiciones, y encarga la enseñanza de cada grupo á uno de estos elegidos.

El sistema mixto es la adopción combinada de las fórmulas anteriores. El maestro emplea alternativamente la individual, la simultánea y la mutua. Huye de los obstáculos que cada una de éstas presenta, y pone en práctica únicamente lo que tienen de reconocida utilidad.

No obstante, todas estas fórmulas tienen una aplicación conveniente en determinadas circunstancias. El sistema individual, tan antiguo como la sociedad, tiene su natural aplicación en la enseñanza doméstica. Por lo demás, está justamente proscrito de las escuelas: el tiempo, con su asombrosa velocidad, pone un obstáculo insuperable á su adopción. En efecto; suponiendo sólo sesenta niños y tres horas de clase, no podría emplear el maestro más que tres minutos con cada niño. ¿Y qué enseñaría en tan corto tiempo? ¿En qué se emplearían mientras tanto los demás niños? ¿Cómo se conservaría el orden? Además, el sistema individual tiene sobre éstos el gran inconveniente de carecer del poderoso estímulo de la emulación y del medio de la imitación.

Según los franceses, el canónigo Lassala, fundador del instituto de la doctrina cristiana, es también el inventor del sistema de enseñanza simultáneo; sistema que, si hemos de dar crédito á lo que nos dice el hermano Lorenzo Ortiz en su obra titulada *El maestro de escribir*, publicada en el año 1696, era ya

conocido en España en época muy anterior. De todos modos, este sistema, muy generalizado en Bélgica, Holanda y en casi toda la Alemania, lleva grandes ventajas al sistema individual. Efectivamente; los sesenta niños que hemos supuesto para probar la imposibilidad del sistema individual, pueden quedar reducidos en el sistema simultáneo á seis grupos de á diez niños, y entonces los tres minutos de tiempo para cada niño se nos convierten en treinta para cada grupo. Entre los diez niños de cada uno se mantiene viva la atención, y la imitación y la emulación conservan todo su poder. El maestro se dirige á la vez á todos ellos, resuelve sus dudas, y la fuerza de la asociación da un gran impulso al trabajo. Además, los otros grupos, unidos por el estímulo, por el equilibrio de sus fuerzas intelectuales y por el deseo de conservarse á una misma altura de conocimientos, pueden entregarse con más aprovechamiento que en el sistema individual á otras ocupaciones, y el orden presenta menos peligros de alterarse y es mucho más fácil de conservar. De todos modos, el sistema simultáneo sólo tiene su natural aplicación cuando el número de niños es bastante reducido. Con la acumulación de niños vienen casi á tocarse las mismas dificultades que en el sistema individual. La inapreciable ventaja de la colectividad en la enseñanza y de la intervención directa en ella del maestro, desaparece con la falta de tiempo, con la imposibilidad de la formación de grupos, en relación con las necesidades de los diversos grados de saber de la escuela, y con la imposibilidad de conservar el orden. No se nos oculta que á todos estos obstáculos se ha procurado poner remedio, ya haciendo que los niños alternen en las diversas clases y practiquen simultáneamente en varias, ya agregando al maestro uno ó más ayudantes. Pero el primer medio, que reconozco necesario en el sistema simultáneo, no es siempre eficaz, con especialidad si el número de niños excede de sesenta. La agregación al maestro de diversos ayudantes no es siempre posible, ni aunque lo sea está exenta de inconvenientes. Y en efecto, ó los ayudantes saben lo que el maestro, ó no: en el primer caso, fuera más natural establecer otras tantas escuelas; en el segundo, es muy fácil se enseñen errores á los discípulos ó se falte al menos á la unidad de la enseñanza tan necesaria en la escuela. Además, el ayudante no es muchas veces auxiliar del maestro, sino rival, y en este caso ya se deja percibir el nuevo orden de inconvenientes que esto ocasiona. ¿Dedúcese de aquí que el sistema simultáneo no preste ninguna utilidad á la enseñanza? Nosotros, al mencionar algunos de los inconvenientes, no hemos querido proscribirle ni queremos desaparecer de nuestras escuelas como el individual, vicioso é ineficaz siempre. El sistema simultáneo es de absoluta necesidad en las escuelas cuya concurrencia de niños no exceda de sesenta. ¿Y cuál es el sistema que debe obtener la preferencia en escuelas muy numerosas? Contestaremos sin vacilar que en este caso es necesario echar mano del sistema mutuo ó del mixto, según las circunstancias.

La invención del sistema mutuo se ha disputado y disputa todavía. Créese que en Francia comenzó á practicarse desde principios del siglo último. Rollín, cuyos principios adquirió de Quintiliano y San Jerónimo, lo ha recomendado en sus obras. Según el libro ya citado del hermano Ortiz, se practicaba en España en el siglo XVII. Lo que no admite duda es que se hallaba establecido en las escuelas de Aranjuez antes de 1780, en que D. José Anduaga publicó en su *Arte de escribir* el método de enseñar, según los principios del sistema mutuo. Parece que el Asia fué la cuna de este sistema, que se practicaba en la China y en la India antes de Jesucristo. A pesar de todo, no puede despojarse á Bell y Lancáster de la gloria de haber dado una organización casi perfecta á este sistema. Si antes que ellos se seguía, era de una manera incompleta, poco regular y ordenada. Más bien que un sistema mutuo, era una especie de sistema mixto, caos informe y sin coherencia, debido al instinto de los hombres por buscar y practicar lo bueno. Bell estableció su sistema por los años de 1789 en la escuela de Egmores, cerca de Madrás, en la India, de cuyo establecimiento estaba encargado por la Compañía. Ocho años después, de regreso Bell á Inglaterra, publicó los principios de su sistema, al propio tiempo que ya Lancáster los practicaba en la numerosa escuela que dirigía. Ambos organizaron este sistema bajo dos formas diferentes, pero desarrollándole en una vasta escala, y cual hasta entonces no se había conocido. Desde 1815 se ha connaturalizado en Francia con algunas modificaciones debidas á Jomard, Bailly, Francœur y otros. En España le conocemos también con alguna perfección desde 1820. Este sistema lleva grandes ventajas al simultáneo, especialmente para escuelas numerosas. Hay en él más sencillez, más economía de medios y más orden. Un solo maestro puede dirigir una escuela de más de quinientos niños sin el menor desorden, sin el menor inconveniente, sin que se eche de menos la menor cosa. Antes al contrario, el perfeccionamiento de este sistema marcha á la par del mayor número de obstáculos. En efecto, el principal de los anteriores sistemas consiste en el acrecentamiento progresivo de los niños; por el contrario, el sistema mutuo se desarrolla y se organiza cada vez mejor con este aumento tan perjudicial á los demás. La clasificación indefinida que introduce, permite que los niños estén siempre colocados en el grupo que les pertenece, según su altura de conocimientos. Por este sistema, los niños no se detienen ni se adelantan indebidamente. Cada niño observa á sus iguales y es observado por ellos, y emplea todos los momentos, todos los esfuerzos de que es capaz. La jerarquía escolar es asimismo un poderoso estímulo, que mantiene entre ellos una noble emulación, los obliga á marchar de una manera progresiva hasta obtener los primeros puestos. Los instructores, enseñados previamente por el profesor, multiplican, digámoslo así, á éste, y forman su verdadero eco en toda la escuela. Estos mismos instructores fortifican sus propios conocimientos con la enseñanza, y se acostumbran á darse cuenta de sus pensa-

mientos y á comunicarlos ordenadamente á los demás; sus compañeros aprenden de ellos, si no con más perfección, con más naturalidad; el lenguaje, aunque tal vez menos correcto que el del maestro, es siempre más análogo al del niño á que se dirige. La natural franqueza que reina entre los compañeros, y el mayor tiempo que se emplea en las lecciones, suple ventajosamente la intervención directa del profesor. Este, ocupado exclusivamente en la dirección y vigilancia de la escuela, imprime á toda ella un orden admirable. El sistema mutuo reúne indudablemente las ventajas, no sólo del simultáneo, sino del individual: toma del uno la sencillez de los medios, y del otro la energía de la acción.

Al primer aspecto parece, pues, que el sistema mutuo es el único conveniente y el que debiera obtener la primacía sobre todos los demás; y así es en efecto cuando se trata de un solo maestro y de una escuela de muchos niños. Cuando éstos exceden de cincuenta, y no llegan á ciento cincuenta, es preferible un sistema mixto. Pero antes de ocuparnos de él, mencionaremos algunos inconvenientes que el mutuo tiene en sí mismo.

La no intervención directa del maestro en la enseñanza es el principal inconveniente del sistema mutuo. Si la experiencia ha acreditado que los conocimientos elementales de lectura, escritura, aritmética, ortografía, dibujo lineal y hasta la geografía descriptiva pueden enseñarse sin graves obstáculos por el sistema mutuo, la misma experiencia ha venido á demostrar que este sistema es casi ineficaz para la enseñanza de la gramática, de los preceptos morales y religiosos, y para los elementales conocimientos de las ciencias naturales. Aun en aquellos ramos en que el sistema satisface á la enseñanza, la materializa y hace en cierta manera mecánica. Así sucede con la enseñanza de la aritmética en especial, y con la de moral y religión. La importancia de esta última hizo que se destinaran ciertos días para la explicación directa por el maestro en algunas escuelas mutuas. De lo que acabamos de decir se deduce que la enseñanza mutua es poco favorable al desarrollo de la inteligencia, y por consiguiente, á ser aplicada á ciertos estudios abstractos, y que tienen por principal objeto el desarrollo de las ideas. Como el alma del sistema mutuo son los buenos instructores é inspectores de orden y clase, no es fácil su adopción en escuelas poco numerosas, por la imposibilidad de proporcionarse estos funcionarios. Todas las demás objeciones que se hacen á este sistema no tienen valor real ó no merecen siquiera refutarse.

Sin embargo, las que dejamos apuntadas son de tal naturaleza, que merece meditarse un poco la manera de destruirlas.

Los partidarios del sistema mixto creen haber resuelto la cuestión. En efecto: ¿cuál es el principal mérito del sistema mutuo? La clasificación: los partidarios del sistema mixto la conservan; pero haciendo intervenir directamente al maestro en la enseñanza, privan á la escuela de su ojo vigilante y hacen perder al conjunto una gran parte de su regularidad y armonía.

No negaremos, sin embargo, que el sistema mixto permite más ampliación á la enseñanza, y que perfeccionado pueda llegar á obtener la primacía sobre los demás. Tiénela hoy de hecho en muchos casos; y en efecto, no podemos negarle nuestra preferencia en escuelas de cincuenta á ciento cincuenta niños, donde el maestro tiene que recorrer todo el programa oficial de enseñanza, y cuando puede disponer de un ayudante.

Si las escuelas exceden de ciento cincuenta niños y el maestro es solo, es de toda necesidad la adopción del sistema mutuo. Cuando más, podrá establecer el mixto en la enseñanza de los preceptos morales y religiosos y en la de la gramática.

Aun en el caso de la adopción del sistema mixto, deberá conservarse la forma y organización del mutuo, con sólo alteraciones muy secundarias y poco importantes.

Tales son los sistemas de enseñanza y sus principales ventajas y desventajas.

§ III.

Diferencia entre método general, método especial y procedimiento.—Requisitos y mérito absoluto y relativo de los métodos que deben usarse en las escuelas.

Los sistemas ó fórmulas de organización han sido llamadas por algunos *métodos generales*, dando el epíteto de *especiales* á los que se dirigen á facilitar el estudio de cualquier ramo aislado de enseñanza. El *método general* entonces viene á ser el conjunto de reglas empleadas para dirigir, clasificar, ocupar, estimular á los discípulos de una escuela; y el *método especial*, la colección de reglas destinadas á facilitar y ordenar el estudio de los diversos ramos de enseñanza.

Sin embargo, dando el título de *sistema* á las diversas formas de organización, podemos emplear el de *método general* para designar aquel cuyos principios son aplicables á todos y cualesquiera de los ramos de enseñanza, y el de *método especial* para indicar aquellos que sólo son aplicables á un determinado ramo de enseñanza.

Según Mr. De-Gerando, hay notable diferencia entre *método* y *procedimiento*; según otros, estas dos palabras revelan casi las mismas ideas. Los métodos y procedimientos, dicen, son las maneras de emplear los medios de instrucción: los métodos son más generales; los procedimientos más especiales. En este caso procedimiento y método serían sinónimos.

He aquí, no obstante, cómo De-Gerando caracteriza ambas palabras:

«El método, dice, traza la marcha del entendimiento y el orden en que las ideas se presentan. El procedimiento es un instrumento exterior y mecánico que sirve para ejecutar ciertas operaciones.»

Para nosotros, el principio de intuición es un método; los

medios exteriores que empleamos para ponerlo en ejecución, como el tablero contador, por ejemplo, son un procedimiento.

Infiérese de lo dicho que en las escuelas, además de los sistemas, cuya necesidad dejamos ya plenamente comprobada, serán necesarios los métodos generales, los especiales y los procedimientos. Los métodos generales, porque sus luminosos principios pueden facilitar la marcha de los diversos ramos de enseñanza; los especiales, porque son los que la dirigen acertadamente, según las circunstancias del objeto estudiado; y el procedimiento, porque sin él no se despeja en las escuelas el camino que conduce al término deseado.

Pero los métodos necesitan estar adornados de algunos requisitos, sin los cuales no serán de utilidad en las escuelas. Estos requisitos constituyen en cierta manera los principios en que han de basarse los métodos. Aunque estos requisitos son varios, sólo mencionaremos aquí los más principales é importantes.

El método ha de conformarse á la naturaleza de la cosa enseñada y á la disposición del que la estudia: De este primer principio nace el mérito *absoluto* y *relativo* de los métodos. Aquél será tanto mayor, cuanto más puntos de contacto tenga con la naturaleza de lo que se enseña; éste será tanto mayor, cuanto más se amolde á la inteligencia del que lo estudia.

El principio sentado es el capital y necesario á todo método. Si éste no se apodera de las relaciones de las cosas, y arregla á ellas la marcha expositiva de las mismas, alcanzará difícilmente el fin propuesto. Pero este rigorismo científico debe ir enlazado con la capacidad de los discípulos. Un método que no se ponga á su alcance pierde todo su mérito, porque no puede conseguir el fin que se propuso. Por el contrario, un método fundado en el conocimiento de la naturaleza de las cosas, y puesto al alcance intelectual de los discípulos, se hace luminoso y adecuado para la enseñanza. Por eso un maestro que conociera bien la materia del objeto de su enseñanza y la disposición de sus discípulos, hallaría casi por sí mismo el método más á propósito, y no tendría necesidad de consultar las obras pedagógicas. Lo que éstas enseñan principalmente son los principios que revelan al maestro la disposición especial del discípulo, y le hacen formar una idea más cabal de la cosa enseñada. La mayor parte de las veces los maestros conocen sólo imperfectamente los ramos de la enseñanza; y esta es una de las causas más comunes de la falta de método. Deber, es, pues, del maestro el adquirir una idea exacta de las cosas y adoptar para su enseñanza el método más natural; esto es, el que mejor y en mejor orden presenta sus diversas relaciones y las pone más cumplidamente al alcance de los discípulos que han de estudiarlas. El maestro ha de saber siempre colocarse á la misma altura que sus educandos, que, poco preparados á los trabajos mentales, necesitan ser conducidos con una especial habilidad.

La segunda condición de un buen método es el orden. En efecto; el orden es su esencia, y sin él el método no sería método.

Pero el orden ha de apoyarse siempre en la analogía real que exista entre las cosas. No hemos, pues, de fundar un orden arbitrario, sino sujeto á esta analogía, esto es, á las justas y naturales relaciones que las cosas tienen entre sí. No abandonaremos tampoco la relación inmediata por la lejana; el tránsito debe ser continuado, sin saltos ni interrupciones. De esta manera marcharemos seguros al fin que nos hayamos propuesto. La analogía ha de permanecer fiel á la naturaleza: así conseguiremos sencillez, regularidad, verdad, y habremos observado el verdadero orden.

El método ha de ser sencillo, fácil. Al efecto, bastará que multiplique las pausas intermedias, no ofreciendo jamás simultáneamente gran número de detalles. El acumulamiento de hechos perjudica á la sencillez. Es necesario graduar las lecciones y ampliarlas progresivamente. En el análisis gramatical, por ejemplo, sería agobiar al discípulo presentarle desde luego todo lo que se puede decir del nombre. Es más conveniente hacer primero una clasificación general de las palabras, y volver paulatinamente á ampliar las subdivisiones subalternas. Procuremos, en cuanto sea posible, evitar á los niños grandes esfuerzos.

El método debe tomar su punto de partida en lo más sencillo y familiar. Esta circunstancia es la primera condición de un buen método considerado relativamente á la disposición del discípulo. Así, en las clasificaciones se ha de atender á los caracteres más conocidos y fáciles de apreciar, y en las deducciones se han de seguir las fundadas en las nociones del sentido común y de la experiencia habitual, huyendo de los principios demasiado abstractos y de las leyes generales. Conviene además sostener la atención del discípulo caminando de lo conocido á lo desconocido. La curiosidad que se satisface es un poderoso medio de instrucción.

El método ha de ser claro. Esta condición se recomienda por sí misma. Un método obscuro no llenaría tampoco ninguna de las que hemos mencionado. La claridad es necesaria en todo, así en las ideas como en su expresión. Las ideas son claras cuando son completas y distintas; su expresión lo es cuando no da lugar á equívocos. Afortunadamente ambas cosas se auxilian de un modo admirable: lo que claro se concibe, se expresa del mismo modo. Pero es necesario que la expresión esté al alcance del discípulo; sin lo cual el método científico mejor combinado no llenaría su objeto. El maestro debe siempre partir de la altura de conocimientos á que se hallan sus discípulos, y acomodar á ellos su lenguaje. Consultar la capacidad del que aprende es siempre una condición indispensable.

El método ha de ilustrar la inteligencia y ejercitar su actividad. A esta condición faltan siempre los métodos mecánicos. Cíñense á indicar lo que el discípulo debe hacer. Si lo ejecuta, está todo obtenido. De esta manera se materializan las ideas: el entendimiento se encadena, pierde su elasticidad y se incapacita por falta de ejercicio. El que aprende de este modo no

sabe jamás lo que aprende; es una verdadera máquina intelectual, ejecuta, y no sabe por qué. Jamás podrá verificarlo de otro modo, ni darse razón á sí mismo y á los otros de la causa que le impulsa á obrar. Este método es muy común, y de él nacen todos los obstáculos que se oponen al desarrollo de la inteligencia. Los niños dirigidos por este método se convierten en autómatas, y parecen atacados de idiotismo. Compárense las escuelas de párvulos con muchas de nuestras antiguas escuelas, donde sólo se decía al niño: *haz esto, estudia esto*. Los discípulos de las primeras parecen haber llegado á la virilidad, mientras que los de la segunda se creería no haber salido todavía de la infancia. ¿Cuál es la causa de este fenómeno singular? Los métodos de enseñanza. En las escuelas de párvulos se ilustra la inteligencia, esto es, se ponen en ejercicio sus diversas facultades, mientras que en nuestras antiguas escuelas se las paralizaba y dejaba en la inacción. De aquí la diferencia obtenida en los resultados.

El método empleado en las escuelas primarias debe apoyarse, siempre que sea posible, en formas sensibles, en comparaciones, ejemplos ó imágenes, dando, digámoslo así, un cuerpo al pensamiento.

La excelencia de este requisito, que no es otro que el principio de *intuición* recomendado por Pestalozzi y otros profesores eminentes, se comprende desde luego. Los sentidos son las puertas por donde entra la mayoría de nuestros conocimientos. Nada, pues, más natural que seguir en la escuela el sistema de la naturaleza. La vista del objeto es el medio más poderoso para formar idea completa y distinta de él. A falta del objeto real puede emplearse su imagen, ó bien la presencia de otro objeto semejante. Las ideas de numeración y los principios fundamentales de los quebrados se dan con una claridad admirable con el auxilio de los tableros llamados contadores. Pero es necesario no abusar de este poderoso medio de enseñanza. El que se acostumbra á verlo todo, no ve jamás claros los objetos que se le presentan. La analogía pierde su fuerza; la inducción se paraliza. Es necesario hacer uso con parsimonia de este principio, que puede conducir á que se tomen las apariencias por las realidades, y á que el entendimiento se alérgue. Si se prodigan desmedidamente las impresiones de los sentidos, es fácil que por resultado obtengamos la falta de claridad en las ideas, especialmente de aquellas que se forman inductivamente ó por analogía. Las impresiones sensibles, dice De-Gerando, deben, como los colores que la naturaleza esparce sobre las producciones, dibujar la forma de las cosas, ponerla en relieve, servir para distinguirla, pero no deben jamás ocultarla; han de auxiliar el trabajo de la reflexión, no destruirlo.

La intuición, sin embargo, es un gran principio, que acostumbra al niño á la observación y á ver el objeto de frente. El uso de grabados y láminas es un auxiliar que, á falta del objeto, puede servir para conservar este principio, admirablemente aplicado en las escuelas primarias.

El método ha de presentar cierta simetría en las formas. La simetría es la imagen del orden, sin el cual no es posible ningún método. La simetría favorece la memoria, y permite cierto descanso á la atención. No obstante, fuera perjudicial exigir en los métodos la simetría matemática; basta que haya armonía en el conjunto. La naturaleza es armónica y simétrica, y, sin embargo, oculta su simetría: tal debe ser la simetría del método.

El maestro ha de poseer en el método un instrumento, no una cadena que le ate. Sería altamente perjudicial que el maestro sacrificara al método toda la libertad en la enseñanza: el método ha de facilitarla, pero no trazarle una pauta tan rigurosa que le impida seguir sus propias inspiraciones y las disposiciones de sus discípulos. El maestro hábil pliega el método á las diversas circunstancias, permaneciendo fiel á su espíritu: esto basta. El demasiado rigorismo en la observancia del método conduce á la paralización de los progresos, no sólo de los discípulos, sino del mismo método. Este, fundado en la experiencia de lo pasado, se mejora con las modificaciones que sufre diariamente en el crisol de la prueba. Por eso convendría con frecuencia variar las reglas de detalle. El maestro que no se penetra bien del espíritu del método no podrá además aplicarlo con perfección, y vendrá á ser como un instrumento inútil en las manos de un obrero inhábil. No conviene, sin embargo, que el maestro altere el método por mero capricho, y sin que una madura reflexión le dé la seguridad de acierto. Por lo demás, la constancia en el método es un deber en el maestro. Tampoco debe admitir sin examen un método nuevo, ni variarle á cada momento. Esto introduciría la confusión sin producir la menor ventaja. Debe también huir el maestro de adoptar y seguir simultáneamente varios métodos. Esta amalgama raras veces conviene á la enseñanza; y si los principios en que se fundan los métodos son opuestos, la dañan en vez de favorecerla.

De lo que acabamos de manifestar se deduce que, en resumen, *el método ha de trazar una marcha fácil, segura y rápida hacia el objeto propuesto.*

§ IV.

Noticia y apreciación de algunos métodos generales de enseñanza.

Ya dijimos lo que entendíamos por método general. En nuestro concepto es aquel que puede convenir y aplicarse á todos y á cualquiera de los diversos ramos de enseñanza. Hállanse en este caso los métodos analítico y sintético.

El primero es necesario para poder apreciar las diversas partes de un conjunto. La vista del espíritu es demasiado limitada para que pueda abrazar todos los matices que constituyen su objeto. El análisis separa las diversas partes del objeto que se desea conocer; las examina en el orden natural y bajo todas

sus relaciones, aspectos y circunstancias: de esta manera tiene á la vista los detalles sin separarse del conjunto. El análisis es el método de la naturaleza, y de que hacemos uso sin conocerlo en la adquisición de casi todos nuestros conocimientos.

Pero el análisis no sería completo sin recomponer el objeto de nuestras investigaciones: así como el primer trabajo nos da á conocer las relaciones que tienen entre sí las partes, el segundo debe hacernos apreciar las que tienen estas mismas partes con el todo. Por eso el análisis no es completo sin la síntesis, y los métodos analítico y sintético deben servirse y auxiliarse mutuamente.

Para que el análisis sea completo, ha de descender hasta los detalles que la mente humana puede fácilmente abrazar; ha de enumerar los elementos esenciales de las cosas, describir los contornos, seguir el orden trazado por analogía, esto es, por los lazos naturales de las cosas ó por la acción respectiva de las causas. La síntesis ha de volver, digámoslo así, la vida al objeto que el primer trabajo destruye, y conducir la vista del espíritu al centro, después de haberla paseado por la circunferencia.

Pero el análisis y la síntesis necesitan el auxiliar poderoso de la intuición: sin objetos no es posible su descomposición y recomposición. El método de intuición es el de Enrique Pestalozzi. Este célebre profesor de Suiza ocupó toda su vida en la enseñanza de la niñez, y en meditar acerca de sus mejores métodos. Conociendo que la vista inmediata de los objetos es el principal manantial de nuestros conocimientos, basó su método en esa observación, y la aplicó, obteniendo resultados altamente favorables. Según él, conviene mostrar á los niños diversos objetos, haciendo que los vean con atención, que examinen su forma y cantidad. De esta manera adquirirán ideas claras y aprenderán á expresarlas en el comercio habitual de la vida. El método de Pestalozzi, aplicado sin exageración, es de grande utilidad en las escuelas primarias. La intuición, es el gran libro abierto por la naturaleza, y de cuyas páginas adquiere el hombre su mayor número de conocimientos. El niño necesita, aún más que el hombre, de este gran libro, y la escuela no debe cerrárselo ante sus ojos. Por el contrario, conviene tenérsele constantemente abierto, y secundar los esfuerzos de la naturaleza que es el más sabio de los maestros. La intuición presenta los objetos de frente: hace que el niño adquiera el hábito de la observación, del análisis; que ejercite su reflexión, que atienda y compare, y aprécie en su valor las cosas y la claridad de las ideas. Nuestras escuelas de párvulos nos dan una alta idea de la bondad del principio de intuición. Pero, como ya dijimos, es necesario aplicarlo con parsimonia, y circunscribirlo en los límites de lo posible. No es ciertamente fácil hacer ver al niño todos los objetos de sus conocimientos, y aunque las láminas suplen la falta de muchos, sería altamente perjudicial no dar á los niños más ideas que las que pudieran penetrar por los sentidos. El método de intuición debe emplear-

se con prudencia y haciéndolo servir para desarrollar la inducción y no paralizarla. La vista de un objeto debe servir para que el niño se forme idea cabal de los que no puede tener ante los ojos, y para conducirlo naturalmente y sin violencia á la abstracción. Así, es natural que en las escuelas de párvulos se haga un uso casi exclusivo de este método, mientras que en las elementales y superiores debe encerrarse en límites mucho más reducidos.

De todos modos, es indudable que el análisis, la síntesis y la intuición, son métodos que pueden aplicarse en casi todos los ramos de enseñanza.

La limitada comprensión de los niños hace todavía necesaria la concurrencia de otro método en las escuelas. Este método es el llamado socrático ó interrogativo. En efecto: ¿es suficiente decir ó explicar una cosa sencillamente á los niños? ¿Basta hacérsela aprender en cualquier libro, ó es más conveniente hacérsela descubrir? Todos estos medios pueden emplearse; pero es indudable que los dos primeros no llenarían su objeto sin el último. Sócrates, eminente filósofo de la antigüedad, fué el que aplicó con más constancia este principio fecundo y útil. En efecto: en lugar de comunicar directamente sus ideas, enseñaba á sus discípulos á que las hallaran con él, conduciéndolos de pregunta en pregunta al descubrimiento del hecho ó idea que quería darles á conocer. Esta especie de diálogo anima singularmente el estudio, sostiene el interés, despierta la curiosidad y excita la atención. No siempre es posible llegar hasta el fin, y muchas veces nos es indispensable el emplear rodeos. Con los niños se observa casi siempre la ventaja del método indirecto. El maestro que quisiera explicarlo y demostrarlo todo, enseñaría muy mal, y los resultados serían muy inferiores al que empleara el método socrático ó interrogativo. Su uso acertado es un manantial fecundo de recursos para el maestro. Casi siempre puede aplicarse, y sólo se hace menos fácil cuando la escuela está organizada por el sistema mutuo; pero los otros dos sistemas permiten al maestro establecer este principio ó método en grande escala.

Los métodos, ó mejor diremos los principios, que acabamos de enunciar, pueden aplicarse casi siempre simultáneamente para la enseñanza de los diversos ramos que comprende la instrucción primaria. Hay todavía otros, cuya enumeración sería larga, y que indudablemente no tienen la misma aplicación. Por eso terminaremos aquí este asunto, para ocuparnos, aunque brevemente, en los métodos especiales.

§ V.

De los métodos y procedimientos especiales para cada ramo de enseñanza.

Dijimos, hablando del *método* en general, que era la vía, la senda que conduce al hombre en la investigación de la verdad. Aplicado el método á las escuelas hemos distinguido las fórmulas de enseñanza. Aquellas que se llaman por algunos métodos generales ó modos de enseñar, porque indican la manera con que se transmiten los conocimientos teniendo en consideración el número de los niños y la disposición de la clase, no deben ocuparnos ya; las otras, esto es, las fórmulas de enseñanza, pueden subdividirse, como ya dijimos, en *generales y especiales*; generales, cuando pueden ser aplicables á los diversos ramos de enseñanza; especiales, cuando revelan el orden ó la serie de verdades de un solo ramo. Pero para comprender bien cómo debe darse la enseñanza de cada una de las materias en las escuelas, conviene tener presente, no sólo el *modo ó sistema*, sino el *método general*, el *especial* y el *procedimiento*; es decir, la manera material que se emplea para enseñar á los niños. Enlazaremos, pues, estas cuatro cosas en la exposición que vamos á hacer de la enseñanza especial de cada ramo.

ENSEÑANZA MORAL Y RELIGIOSA.

Ya en otro lugar nos hemos ocupado de la importancia de la enseñanza moral y religiosa. El maestro no puede perder de vista este primer objeto de su misión. Si le descuidara, si no se formara de él una idea justa y exacta, no cumpliría su capital deber. Quedan ya expuestos los principios que han de servirle de guía para desarrollar en el niño el sentimiento moral y religioso. No repetiremos de nuevo lo que ya dijimos, y limitaremos nuestras observaciones á manifestar los principios que deben guiar al maestro en tan importantísima enseñanza.

Si el niño ha de tener fe, si el sentimiento religioso ha de echar en su corazón hondas y permanentes raíces, es necesario que se forme una idea justa del objeto de sus creencias y sentimientos religiosos.

Dios, criador y conservador del universo, es la base y fundamento de la verdad religiosa. La espiritualidad é inmortalidad de nuestra alma es la consecuencia de aquella verdad y el indestructible cimiento de la moral. Dios y el alma, son las ideas capitales y primordiales que deben grabarse en la inteligencia y en el corazón de los niños.

Lo abstracto y sublime de estas verdades no son un obstáculo que debe arredrarnos para hacérselas comprender. La sabiduría divina ha querido que desde los albores de la vida nazcan y se desarrollen casi instintivamente en el hombre. El niño,

que ama por instinto á su madre y la considera como un sér superior, viene luego á conjeturar que hay otros que son superiores á su madre, y de aquí á formarse una idea bastante justa del Autor de la naturaleza. Sin embargo, como del error en esta idea capital nacerían indudablemente una serie de errores á cual más deplorables, conviene que el maestro no pierda de vista la formación exacta en el niño de la idea de Dios, desde que entra en la escuela hasta que la abandona. A cada paso se presentarán motivos de fortificar en el entendimiento infantil de su discípulo la idea de la divinidad y de sus principales atributos.

En las lecciones ó explicaciones de esta materia conviene que el maestro siga el principio interrogativo ó socrático. Así, llamando la atención del niño sobre cualquier objeto del arte humano, un reloj, por ejemplo, se le dirá: ¿sabes tú si se ha hecho por sí mismo este reloj? El niño responderá probablemente que no. ¿Quién lo ha hecho, pues? continuará el maestro. Un relojero, será la contestación que probablemente reciba. Entonces conviene hacerle contemplar al niño un edificio ú otra cualquier obra complicada, hacerle notar sus diversas partes, su enlace, la necesidad de un sér inteligente principal que la dirija y fabrique por sí, ó la haga fabricar por otros bajo sus inteligentes mandatos. Fijarse luego la atención del niño en diferentes objetos de la naturaleza; exaltarle su imaginación con sus sorprendentes bellezas y armonía; presentarle toda la serie animal procediendo de un sér semejante suyo; presentarsele su propio origen y el de sus ascendientes, y de esta manera se vendrá á despertar en su alma la idea de la primér causa, esto es, de Dios. Su sabiduría sin límites, su poder, su bondad, nacen naturalmente de esta primera idea que abraza en sí misma todo el conjunto de la creación. El niño debe ver en Dios el gran artífice creador, el gran padre conservador y remunerador, el gran juez vengador.

La idea del alma humana y de su inmortalidad es la segunda verdad capital que debe grabarse en la inteligencia del niño. Generalmente se comienza á hablar de esta importantísima verdad desde su entrada en la vida, y se hace bien. Las primeras impresiones, las primeras ideas que pasan transmitidas de la formada inteligencia del hombre á la débil y naciente del niño, son las más permanentes: lo que el hombre percibe en la cuna lo conserva toda su vida y no lo abandona hasta el sepulcro. Por eso son peligrosas en la primera edad las ideas falsas. Pero la del alma humana y de su inmortalidad, cuya benéfica influencia en la moral está reconocida por la experiencia diaria, debe rodear al niño y sentirse, digámoslo así, por él, antes que la razón se la demuestre. De todos modos al maestro toca fortificar y robustecer esta idea por cuantos medios estén á su alcance.

El principio interrogativo no es menos aplicable en este segundo caso.

Es necesario que el niño perciba con ejemplos sensibles la diferencia que hay entre el hombre y los demás seres de la na-

turalidad. El sabio Fenelón propone el siguiente ejemplo: «Se le dirá al niño: ¿El alma, come? Si responde mal, se le dirá sencillamente que el alma no come; el cuerpo, se añadirá, es el que come, porque el cuerpo es semejante á las bestias. ¿Tienen entendimiento las bestias? ¿Son sabias? No; responderá el niño. Pero comen, se continuará, aunque no tienen entendimiento. Por consiguiente, tú conoces que el entendimiento no come; sólo el cuerpo se alimenta, anda y duerme. Y el alma, ¿qué hace? Raciocina, conoce el mundo, gusta de ciertas cosas y mira otras con aversión. Luego se añadirá, como jugando. ¿Miras esta mesa?—Sí.—Tú sabes que no está hecha como esta silla, que es de madera, y no es como la chimenea, que es de piedra, ¿no es verdad?—Sí, responderá el niño. No debe continuarse el interrogatorio si no se ha echado de ver que estas sencillas verdades han hecho reflexionar al niño. En este caso se le dirá:—¿Y esta mesa, ¿te conoce á ti? Probablemente el niño se echará á reír. No importa; continúese: Quién te quiere más, ¿esta mesa ó esta silla? El niño reirá de nuevo. Y la ventana ¿sabe mucho? Esta muñeca ¿te responde cuando le hablas?—No.—¿Y por qué?—Porque no tiene alma.—No la tiene. Por consiguiente ella no es como tú, porque tú la conoces y ella no te conoce á ti. Pero después de la muerte, cuando estés debajo de la tierra, ¿no serás tú como la muñeca?—Sí.—¿No sentirás nada?—No.—¿No conocerás á nadie?—No.—Y tu alma, ¿estará en el cielo?—Sí.—¿Y verá allí á Dios?—Lo verá.—Y el alma de la muñeca, ¿dónde estará? El niño responderá probablemente, con una sonrisa burlesca, que las muñecas no tienen alma.» Fenelón se detiene aquí, y hace bien; pero luego es necesario ir más lejos.

En efecto, los animales, aquéllos principalmente que están próximos al hombre por su organismo, tienen puntos muy semejantes al hombre, y facultades que le son comunes. Sería peligroso ocultar al niño esta semejanza, y mucho más dejarle ignorar los puntos que nada revelan la existencia del alma en el hombre. Así como se le ha hecho notar al niño que el alma piensa, es necesario hacerle entender que el perro, por ejemplo, que nos acaricia, que nos obedece y que muchas veces nos comprende, cuando muere, por ejemplo, á un pobre mendigo, no tiene ninguna idea de que ha hecho una acción mala, y que el niño sabe muy pronto que ha hecho mal si soltó al perro para que mordiera al mendigo; y por el contrario, que ha hecho bien si evitó este accidente y le socorrió con una limosna; porque el sentimiento moral, esto es, el conocimiento del bien y del mal es una facultad del alma, y por consiguiente los perros, que no poseen esta facultad, no pueden tampoco tener alma. El niño sabe que hay un Dios que ha hecho el cielo, la tierra y las estrellas, los árboles, los arroyuelos, las colinas y todos los animales; el perro, que ve todos estos objetos, no conoce el autor, ni percibe la melodía de las avejillas que cantan al amanecer y que le saludan tan alegremente, sin comprender mejor al que las ha dotado de este instinto. De esta manera se convencerá el niño que los animales no tienen alma como la suya.

Luego que el niño haya hecho las reflexiones necesarias para conocerse á sí mismo y conocer á Dios, debe comenzarse la enseñanza de la religión revelada por su parte histórica. Elegiránse al efecto los pasajes más sencillos y convenientes del Viejo y Nuevo Testamento. La inocencia de Adán y Eva en el paraíso, la historia de Caín y Abel, el Diluvio universal, el Arca de Noé, Cam, la construcción de la torre de Babel, Abraham y Lot, Sodomá y Gomorra, el sacrificio de Isaac, Eliezer y Rebeca, la bendición de Isaac á su hijo menor, la escala celeste de Jacob, la reconciliación de éste con su hermano, la historia de José, Moisés y su peregrinación por el desierto, la historia de Rabab, la burra de Balaham, la hija de Jephté, los trabajos de Job; Sansón, Elí y Samuel; la historia de Saúl y David, el fallo de Salomón, la reina de Saba, el profeta Elías, Naam y Giezzi, Daniel y Jonatás, son hechos que debe mencionar el maestro, haciendo de ellos de viva voz narraciones sencillas y al alcance de los niños, interrogándoles frecuentemente para asegurarse de la manera con que han comprendido los hechos que se refieren. Del Nuevo Testamento pueden escogerse para objeto de las mismas narraciones el nacimiento de Nuestro Señor en Belén, la adoración de los Reyes, la huida á Egipto, la enseñanza en el templo, el bautismo de Jesucristo, el capitán de Carfanaum, el joven de Nain, la alegoría del trigo y de la mala hierba, la degollación del Bautista, la comida de los cinco mil con dos panes y cinco peces, Jesús caminando sobre las olas, el piadoso Samaritano, Marta y María, el hijo pródigo, el hombre rico y el virtuoso Lázaro, Zaqueo, la entrada de Jesús en Jerusalén, la alegoría de las cinco vírgenes prudentes y las cinco necias, la institución de la Eucaristía, la traición de Judas, el huerto de Jehthsemaní, la negación de San Pedro, Pilatos, la crucifixión de Jesús, su entierro, resurrección y ascensión. Si estas narraciones se hacen en estilo sencillo é interesante, el sentimiento moral y religioso del niño se irá robusteciendo en gran manera. Entonces notará con placer la relación que existe entre sus reflexiones acerca de Dios y del alma humana y la historia del género humano: habrá conocido que el hombre no se ha formado á sí mismo, que su alma es la imagen de Dios, que la admirable organización de su cuerpo es efecto de la industria y poder divinos, y recordará al momento la historia de la creación. Pensará luego que ha nacido con inclinaciones contrarias á la razón, que ha sido engañado por el placer é impelido por la cólera, y que su cuerpo arrastra á veces su alma como un fogoso caballo lleva al jinete: hallará la natural explicación de este hecho en la historia del pecado de Abraham, cuya historia le hará esperar al SALVADOR que debe reconciliar los hombres con Dios. He aquí todo el fundamento de nuestra religión. Por este medio se preparará á comprender mejor los misterios, las acciones y las máximas de Jesucristo consignadas en el Evangelio. Como este es el mejor libro de moral, y Jesucristo el mejor modelo que debemos imitar, es necesario que los ojos del niño se fijen incesantemente en este divino Maestro, autor y con-

servador de nuestra fe, centro de toda religión y nuestra única esperanza. Así, todos los juicios, todas las acciones de la persona que se instruye, deben modelarse á Jesucristo, que sólo ha tomado un cuerpo mortal para enseñarnos á vivir y morir.

Entre sus discursos y acciones deben elegirse los más proporcionados al niño. Si se impacienta de sufrir alguna incomodidad, se le recordará á Jesucristo en la Cruz; si resiste al trabajo, se le hará ver á Jesucristo trabajando en una tienda hasta los treinta años; si quiere ser alabado y estimado, se le hablará de los oprobios que tuvo que soportar el Salvador; si no puede vivir en armonía con las personas que le rodean, se le hará ver á Jesucristo conversando con los más abominables pecadores é hipócritas; si muestra algún resentimiento, apresuraos á presentarle á Jesucristo muriendo en la Cruz por la redención de los mismos que le asesinaban; si se deja llevar de una alegría inmoderada, pintadle la dulzura y la molestia de Jesucristo, cuya vida entera ha sido tan grave y tan seria. Finalmente, representadle á menudo lo que Jesucristo pensaría y lo que diría de nuestras diversiones y de nuestras operaciones más serias, si estuviese todavía visible entre nosotros. ¿Cuál sería, continuad, nuestra admiración si se presentase de repente en medio de nosotros en el momento en que nos hallamos en el más profundo olvido de su ley? Pero esto será justamente lo que le sucederá á cada uno de nosotros á su muerte, y al mundo entero cuando la hora secreta del juicio final haya sonado. Estas explicaciones, unidas á las del Decálogo, forman un curso de moral cristiana al alcance de los niños, pues, en nuestro concepto, las máximas y prácticas morales deben ir siempre unidas á los principios religiosos, que las fortifican y sostienen.

La enseñanza religiosa, que según acabamos de mencionar, debe comenzar por las narraciones históricas, ha de terminarse y tener su complemento en la parte dogmática. El catecismo contiene cuanto en este asunto deben saber y puede decirse á los niños que frecuentan las escuelas.

En la transmisión de los conocimientos dogmáticos debe seguirse el mismo principio de claridad y sencillez que hemos recomendado para la parte histórica. Ha de procurarse cuidadosamente que estas lecciones no degeneren en un mero ejercicio de memoria. Al efecto, se harán penetrar en la inteligencia de los niños las sublimes verdades dogmáticas, procurando al mismo tiempo interesar el sentimiento, arraigando en él una fe sincera y perpetua.

Dedúcese de lo que acabamos de manifestar que la instrucción moral y religiosa en las escuelas ha de abrazar tres grados: darase en el primero una idea clara de Dios y del alma humana, apoyándola en el desarrollo instintivo del sentimiento religioso, y en narraciones de viva voz hechas por el maestro, de asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento; en el segundo, se ampliarán los conocimientos dados en el primero, auxiliándose ya de algún compendio de historia sagrada, y sería muy útil que en él se conservase el carácter de noble sencillez, de belleza atractiva;

y en lo posible, las expresiones mismas de los libros sagrados; en el tercer grado deben fortalecerse los conocimientos adquiridos en los dos anteriores, y ampliarse á la explicación del dogma. El Decálogo, como hemos dicho, y otras partes de la doctrina cristiana, comprenden admirablemente todas las ideas morales que pueden y deben darse á los niños. El maestro debe enlazar constantemente la verdad moral con la verdad religiosa.

Según estos principios se clasificarán los niños de la escuela para la enseñanza moral y religiosa en los diversos sistemas de organización. Así, el primer grado, y cada uno de los dos siguientes, prodrá subdividirse en dos ó más secciones, conforme lo exijan las necesidades y preceptos del sistema.

La oración es la conversación con Dios; en ella elevamos nuestra alma al Criador, hacémosle presente nuestra sumisión y respeto, le pedimos y le damos gracias por los favores que nos dispensa. Los ejercicios de la escuela deben por consiguiente comenzarse y terminarse por una oración breve, que repitan todos los niños. Este acto debe ser serio y tierno, para que aquellas almas sencillas adquieran el hábito de implorar en toda circunstancia grave el auxilio de la Providencia, dándole luego las debidas gracias por haberle permitido llevar á cabo su comenzada obra. Es necesario que los niños no se acostumbren á mirar estos actos como meras fórmulas. El maestro adquirirá con ello una terrible responsabilidad.

El art. 29 del reglamento de escuelas vigente exige que la clase de instrucción religiosa y moral sea diaria; y el 40, que cada tercer día por la mañana ó por la tarde, concluida la oración con que se dé principio á los ejercicios de la escuela, se destine un cuarto de hora para que un discípulo adelantado lea en voz alta un capítulo de la Escritura Sagrada, principalmente del Nuevo Testamento, haciendo el maestro las explicaciones y aplicaciones que le dicten su instrucción y prudencia. Esta práctica es muy útil, y convendrá no descuidarla. El art. 44 del mismo reglamento previene que la tarde de todos los sábados se destine exclusivamente: primero, al examen de la parte moral y religiosa que se haya enseñado en la semana; segundo, al estudio del catecismo y explicaciones de la doctrina cristiana. Finalmente, el art. 47 dispone que los ejercicios del sábado se terminen con la lectura del Evangelio del día siguiente y con el rezo del rosario.

Estos artículos del reglamento están perfectamente de acuerdo con nuestras ideas, y se amoldan á lo que acerca del particular llevamos manifestado.

En resumen: el profesor ha de estar persuadido de que esta enseñanza no es como la de las ciencias profanas, que interesan principalmente á la inteligencia, sino que debe dirigirse al espíritu y al corazón, excitando los sentimientos de los discípulos, grabando en el ánimo de éstos las verdades religiosas, haciéndoles comprender al propio tiempo el sentido y las bellezas que encierran.

El ejemplo del maestro es el medio más eficaz para desarro-

llar y fortalecer el sentimiento moral y religioso, al cual pueden agregarse como medios auxiliares y no menos eficaces las historias edificantes, los cantos morales y religiosos, la contemplación de las maravillas de la naturaleza, y el recuerdo de que Dios presencia todas nuestras acciones y que ha de premiar las buenas y castigar las malas. Hablando el maestro con tanto respeto de los misterios del Cristianismo y de la moral evangélica, y presentando uno y otro como una ley de amor y no como una ciencia, sus lecciones darán los más sanos frutos.

El catecismo, en que se hallan expuestos con brevedad y sencillez los puntos esenciales de la doctrina católica, es el libro por excelencia para esta enseñanza, cuyo estudio puede completarse con ligeras nociones de historia sagrada. Los discípulos deben aprender literalmente, concretándose el maestro á hacer comprender el sentido, sin entremeterse en explicaciones que no están á su alcance. Su principal cuidado ha de ser que lo aprendan bien para ahorrar el trabajo del párroco en los repasos semanales, á fin de que pueda ocuparse éste en las explicaciones que considere oportunas, y que puede dar con toda la autoridad necesaria.

Mas si el profesor no debe entrar en explicaciones en que podría extraviarse, haciendo caer á los niños en errores funestos, debe aclarar el texto y enterarse por medio de preguntas si se ha comprendido, y puede y debe también hacer admirar los sublimes preceptos de moral y los sorprendentes ejemplos de virtud que encierran las verdades de la religión católica.

ENSEÑANZA DE LA LECTURA.

La lectura es uno de los ramos más importantes de enseñanza. Ella sola constituye casi exclusivamente la que se daba en nuestras antiguas escuelas. Así, los maestros de aquella época, que se titulaban profesores del noble arte de leer, escribir y contar, dirigían todos sus esfuerzos y conatos á conseguir su perfeccionamiento. A pesar de eso, los métodos de lectura no han hecho entre nosotros los progresos que eran de esperar de la reunión de esfuerzos convergentes hacia un mismo punto. Los métodos y procedimientos de lectura no salían del limitado círculo del modo más breve de leer palabras. Cada día se daba á luz un nuevo arte de enseñar á leer, que nada añadía á lo que los anteriores habían ya enseñado. Lo más sensible es que esta importantísima enseñanza se agitaba en la mezquina esfera de un puro mecanismo. No abrazaba el arte de leer todos los puntos indispensables para conseguirlo en toda la extensión de la palabra. No se había mirado tampoco por el lado filosófico, y nadie sospechaba siquiera que la lectura pudiese servir á la educación física, moral ó intelectual de los niños. Aun menos se había pensado en disminuir lo penoso de la enseñanza, haciéndola agradable y útil desde los primeros pasos. A lo sumo se había intentado abreviarla.

Leer bien es un arte difícilísimo que exige una reunión de circunstancias especiales. Ante todo, es necesario hablar distintamente, hacer comprender lo que se lee, darle todo el colorido y sentido que exija el asunto, producir una armonía que lleve de una manera agradable y fácil el pensamiento del escritor á los que escuchan la lectura de sus obras. Dirásenos quizá que estos son requisitos que sólo atañen al que ha de leer en voz alta; pero replicaremos que justamente para leer de esta manera es para lo que aprendemos. Aunque así no fuera, jamás podríamos decir que el que sólo lee para sí, leyera bien. Todavía es muy dudoso que consiguiera darse cuenta exacta de los pensamientos del autor. De todos modos, es indispensable que un método de lectura sea completo, y conduzca al discípulo al último término de perfección en el arte. Además, si la enseñanza de la lectura ha de producir un bien real á las masas; si esta enseñanza ha de ser indispensable condición para todo hombre; si ha de ser un deber de todo gobierno proporcionarla desde el alcázar á la cabaña, es necesario se la considere de un modo más filosófico que hasta aquí. La lectura es un gran medio para el perfeccionamiento del ser humano, en cuanto se la aplica desde un principio á su desarrollo intelectual y moral, en cuanto se la hace servir al bien y se la imposibilita para el mal.

El análisis y la síntesis son, como ya sabemos, dos poderosas vías de investigación, dos excelentes medios de conseguir la enseñanza de cualquier objeto. Ambos se han empleado en la de la lectura. La diferencia consiste únicamente en la manera de hacer la aplicación. Los unos, considerando la palabra escrita, fuéronla descomponiendo, primero en sílabas y luego en letras; sacando así la letra como el más simple elemento de la palabra. Recomposieron luego ésta, partiendo de este elemento; de aquí nació el método llamado de DELETREO. Los otros consideraron la palabra hablada y descompuesta en sílabas, hallaron que la sílaba era su más simple elemento. Recomposiéronla, partiendo de aquí, y de este modo tuvo origen el método de SILABEO. ¿Qué es lo que ha guiado principalmente á los autores de estos dos métodos? Dos sentidos diferentes: la vista á los primeros, el oído á los últimos. ¿Cuáles de ellos están en error? Ninguno en rigor.

Sin embargo, si la sílaba es elemento de la palabra hablada, no lo es ciertamente de la palabra escrita. Nadie puede hacer abstracción de lo que existe, y las letras son signos reales y efectivos, que se han de tener en cuenta por el que lee, porque lo que hiere sus sentidos son las palabras escritas, no las habladas. Dedúcese de aquí que los antiguos autores del DELETREO vieron y analizaron mejor que los modernos. Dijose que éstos estaban en la senda de lo verdadero, y echóse en cara, como una transición de un método vicioso á otro verdadero y real, á los que adoptaron el método silábico, el que sacrificando antiguas preocupaciones, dieran á conocer las letras á los niños. Hemos hallado algunos que, prescindiendo de las letras han

dado á conocer sólo las sílabas; sin embargo, no hemos visto ninguno que supiese leer, ya hubiese aprendido por el método de DELETREO, ya por el de SILABEO, que dejara de conocer las letras y no supiera deletrear. Esto prueba que, por más que digan los autores del método silábico, es indudable que el que aprende á leer, hace un completo análisis de la palabra escrita, y por consiguiente aprende deletreando. ¿A qué quedan reducidos, pues, todos los argumentos que se hacen contra el antiguo DELETREO, todas las objeciones que se oponen al SILABEO? A disputas inútiles que á nada conducen. Por ambos métodos se aprende á leer, porque por ambos se descompone y recompone la palabra escrita. Era indudablemente pernicioso la repetición del nombre de las letras para pronunciar la sílaba, y como en esto se hacía consistir el DELETREO, está justamente casi del todo proscrito. El SILABEO en la práctica está ceñido á que cuando el que lee ve el signo de la articulación y el de la voz, pronuncie de una vez la sílaba que forman, sin manifestar el nombre particular de los dos signos. Si en esto consiste el SILABEO, lo adoptamos desde luego. Pero á nuestro modo de ver, esto no es más que un DELETREO simplificado y perfeccionado, ó en otros términos, un método literal. Para prescindir del conocimiento de los diversos signos de que se compone la palabra escrita, era necesario que representáramos la sílaba por un solo signo ó elemento simple: la vista se opone á ver la unidad donde existe la pluralidad. Cuando más, podrá considerar unidades de conjunto ó grupo, enlazadas por conexiones íntimas; pero ¿dejará de analizar estos grupos? ¿Será conveniente fijar este término á la descomposición? Ni lo juzgamos acertado, ni lo lograríamos; la experiencia diaria nos lo demuestra de continuo. Quede, pues, sentado que nosotros tenemos, no sólo por conveniente, sino por necesario, el comenzar la enseñanza de la lectura por el análisis y síntesis completos de la palabra escrita, que es la que se ha de interpretar cuando se lee. Enséñense, pues, desde luego á los niños las letras, continúese por su reunión de sílabas y éstas en palabras. Pronto veremos cómo hemos de continuar la síntesis hasta la lectura de períodos. Pero antes de exponer nuestro método general de lectura, y los procedimientos más convenientes para ponerlo en ejecución, pasemos una ligera revista á los que entre nosotros han obtenido y obtienen todavía más boga.

Los métodos y procedimientos de lectura pueden dividirse en cuatro categorías, según el principio que en ellos domina.

- 1.^a Los que toman por guía el sentido de la vista.
- 2.^a Los que adoptan por base los órganos orales y el sentido del oído.
- 3.^a Los que reconocen ambos principios, y siguen en su exposición un método general sintético y analítico.

Es de advertir que todas estas categorías las caracteriza principalmente el procedimiento, pues por lo demás en todas ellas hay algo de síntesis y análisis, ó de las dos cosas á la vez,